

La represión viene del futuro*

Germán L. García

Nuestro título es una frase de Jacques Lacan, solidaria de otra de Sigmund Freud: *el destino es un deseo que se cumple*.

Invitado a decir algo sobre el tema de la estructura –supongo que por los ecos de su oposición con el término desarrollo– recuerdo y comento un artículo de Jacques-Alain Miller: “*S’truc dure*”.¹

Ese artículo, en verdad una conferencia que tiene sus años, recorre el tema de la estructura, tal como surge de la famosa definición de un lingüista que al parecer no usó esa palabra: F. de Saussure. Muestra, paso a paso, la diferencia de Jacques Lacan con lo que se llamó el estructuralismo y las consecuencias que supo sacar de la afirmación “(...) en la lengua no hay más que diferencias (...)”, mediante la combinación de Jakobson y Lévi-Strauss.

“Por otra parte –comenta Miller–, esta falta en ser no es simplemente lo que hace desvanecerse a la presencia, es una ley; no es la identidad, es la desidentidad; cada elemento tiene su identidad fuera de sí y por eso mismo esto permite introducir una problemática de la identificación. Es necesario darse cuenta que el término identificación no puede funcionar más que en una dimensión donde los seres no tienen su identidad o donde esa identidad está fracturada, clivada y ya deportada fuera de sí misma”.²

* Publicado en *El Caldero de la Escuela*, nº3, *¿Analizan a un niño?*, EOL, Buenos Aires, Agosto, 1992, pp. 23-26.

1 Miller, J.-A., “*S’truc dure*”, *Matemas II*, Manantial, Buenos Aires, 1988, p. 89

2 *Ibid.*, p. 94.

Infancia

Nunca entendí en qué consistía el aporte del superyó temprano después de que Sigmund Freud dijera que el mismo era anterior al nacimiento del niño, de que los mandatos que transmiten los padres vienen de los antepasados. Sí entendí, en cambio, lo que subraya Éric Laurent cuando habla de la proliferación de lo imaginario infantil que impulsó la exploración del niño según los supuestos de M. Klein.

¿Acaso la retroacción generalizada que introduce Jacques Lacan no vuelve inútil la oposición estructura/desarrollo?

Hace algunos años, siguiendo el tema en “La interpretación de los sueños” y advertido por las analogías que Sigmund Freud hace entre el aparato psíquico y los “aprioris kantianos del tiempo y el espacio”, descubrí que los términos infantil y adulto –aplicado a los sueños– solo tenían un valor argumentativo.

En ese libro se relatan cerca de veinte sueños referidos a la infancia –directos, diferidos, recordados– que van desde unos de niños de meses hasta el sueño con el diablo de un púber de trece años.

Sueños en su mayoría orales, tienen siempre un resto que los separa de la necesidad, un resto que muestra la entrada del sujeto en la exterioridad del significante.

Los sueños infantiles –dice Freud–, pueden ser soñados por adultos. ¿Qué decir de esta afirmación? Que infancia significa aquí rechazar al deseante que es el Otro y proponerse como satisfactorio para un deseo que sería del Otro. Dicho de otra manera: mientras el deseo actual habla la lengua de los padres, el vacío del deseo inconsciente propone el enigma de un resto.

Niños/Niñas

¿Qué diferencia hace Freud entre niños y niñas? Los niños quieren que desaparezca el padre y las niñas desean la desaparición de la madre. Además, los sueños de los niños en general “(...) no presentan enigma ninguno para resolver, pero poseen un valor inestimable para la demostración de que por su última esencia significa el sueño una realización de deseos”.

Los niños, con sus simples realizaciones de deseos, mostrarían que la complejidad adulta también... etcétera.

Pero, unas páginas después, leemos: “No debo dejar de advertir que los niños suelen también tener sueños complicados y menos transparentes y que también en los adultos se presentan, bajo determinadas circunstancias, sueños de sencillo carácter infantil”.

La oposición entre sencillo y complicado sustituye a la diferencia temporal entre infantil y adulto.

La temporalidad se introduce de otra manera: un sueño sencillo es actual, un sueño complicado es pretérito.

La represión que viene del futuro convierte siempre en pretérito algo de lo actual: estas tres escansiones del tiempo –según Sigmund Freud– se modulan en la fantasía.

Siempre un detalle del sueño, por sencillo y actual que sea, posibilitará descubrir el otro tiempo, el tiempo radical y vacío que hace resonar en las vías de la palabra las voces de los antepasados: “Un más penetrante y detenido estudio de la vida anímica de los niños nos muestra (...) fuerzas instintivas de conformación infantil, y, por tanto, habremos de dudar de la felicidad que a esta edad atribuyen luego los adultos”.

¿No es la misma atribución que hace Freud a los sueños infantiles que tendrían la felicidad de una actualidad del objeto? El análisis de un sueño de su propia hija muestra que el menú de esa satisfacción articula el deslizamiento de un deseo cuyo enigma es el nombre y esa fruta “repetida como rebelión”.

Otra niña de ocho años “...hija de una amigo mío –escribe Freud– aprovechó una ocasión en que su madre se ausentó de la mesa para proclamarse su sucesora, diciendo a su padre: ‘Ahora soy yo la mamá. ¿No quieres más verduras, Carlos? Anda, toma un poquito más’”.

Otra niña, esta vez psicótica: “En la demencia frenética con que comenzó la enfermedad mostró una especial repulsión hacia su madre, insultándola y golpeándola en cuanto intentaba acercarse a su lecho. En cambio, se mostraba muy cariñosa y dócil para con su hermana, bastante mayor que ella. A este período de excitación surgió otro más despejado, aunque algo apático y con grandes perturbaciones del reposo, fase en la que comencé a someterla a tratamiento y a analizar sus sueños. Gran cantidad de los mismos trataban, más o menos encubiertamente, de la muerte de la madre”.

De aquí Freud concluyó que el amor exagerado de las histéricas por sus madres encubre un deseo de muerte, manifiesto en este caso de demencia.

La muerte y sus entradas antes, después existe el deseo de muerte: tener la madre, perderla en el odio, ser (en la vuelta climatérica) esa madre.

El niño que se constituye por la muerte del padre no es simétrico a esta niña que solo en la demencia convierte el deseo de sustitución de la madre en un deseo de muerte.

El niño reprime un saber sobre la muerte del padre, la niña está pendiente de un amor.

Tiempos

Instante de mirar: *infancia*. Tiempo de comprender: masculino. Momento de concluir: niño/niña. ¿Esa *a* del género declina en el silencio un goce que el deseo masculino ignora?

Es ahí donde la estructura se modaliza en la clínica, enumerada por Jacques-Alain Miller para un público no advertido, con admirable simplicidad: “Lo que se puede aprender con él [psicoanálisis] sobre el hombre es mucho, lo que se puede aprender sobre su deseo, especialmente sobre sus dificultades con su deseo, por ejemplo por qué ese hombre se defiende de su deseo, es decir a qué se puede deber que, en el propio movimiento de su deseo, se vea detenido por un límite, invisible, del que no conoce nada, y que su deseo se caiga: esto sucede especialmente si es neurótico obsesivo; o por qué ese hombre o esa mujer, no puede sostener su deseo sino en forma de insatisfacción: si es histérico; o, si es perverso, por qué su deseo está ligado a la presencia de un objeto particular, y de una particularidad radical, a falta del cual no se desea; ese objeto está ahí con la condición de posibilidad de su deseo; llegado el caso, puede también que el hombre en cuestión esté loco, que se persuade de que un Otro lo persigue y goza con perseguirlo: es la paranoia; y que ese Otro se interese por él de una manera tan exclusiva que hasta llegue a hablarle adentro de la cabeza: es lo que se llama automatismo mental; o incluso que, dentro de su cuerpo, sus órganos actúen cada uno por su cuenta: es lo que a menudo se bautiza con el nombre de esquizofrenia; o incluso que este hombre se haga desecho del discurso y hasta se niegue a entrar en él: y es lo que llaman, con excesiva ligereza, autismo”.³

Por su parte, en la línea de esa vía por la que los padres transmiten la voz de los antepasados a sus hijos, Sigmund Freud escribe: “Otras condiciones de angustia no se hallan destinadas a desaparecer, sino a acompañar al hombre durante toda la vida. Así, el miedo al superyó”.

Al final, un significante del Otro cuya marca estaba en el comienzo: *S' structure dure* (esa suerte dura, traducimos).



3 Miller, J.-A., “Lacan Clínico”, *Matemas II*, Manantial, Buenos Aires, 1988, p. 126